



CAPÍTULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho,
con otros gustosos sucesos.

CUANDO estaban Don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venían acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo:

—A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso.

Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh hideputa, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida!

No sino ponédla tacha en el brio y en el talle, y no la comparéis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes.

Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza; parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no había visto mujer más hermosa jamás.

Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos adonde se habían de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto oyeron decir á sus espaldas graves voces, y una que decía:

—“Esperíos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.” A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro gironado de carmesi á llamas.

Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés, y en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante.

Llegó, en fin, cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada de color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo:

—Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar

el decoro que á tu honra convenia; pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío á otro, cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonísima aventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio.

Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando Don Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle, y le tomó en sus brazos, y halló que aún no había expirado.

Quisieronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se lo sacasen antes de confesarle, porque el sacárselo y el espirar sería todo un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo:

—Si quisieres cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues que en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual, le dijo que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse.

En oyendo Don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacendera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre.

Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura.

Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperada desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadían que diese la



Para estar tan mal herido este mozo, dijo Sancho Panza, mucho había.

mano al pobre Basilio; y ella más dura que un mármol, y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía, ni podía, ni quería responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones.

Entonces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, tur-



bada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apesurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano.

Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo:

—¡Oh Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan aprieta me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte.

Lo que te suplico es, oh fatal estrella mía, que la mano que me pides y que quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confeses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimiento con quien tantas verdades ha tratado contigo.

Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha la mano de Basilio, le dijo:

—Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.

—Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.

—Para estar tan mal herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: léganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso, les echó la bendición, y pidió al cielo diese buen poso al alma del desposado; el cual así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servía de vaina su cuerpo.

Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: ¡Milagro! ¡milagro! Pero Basilio replicó:

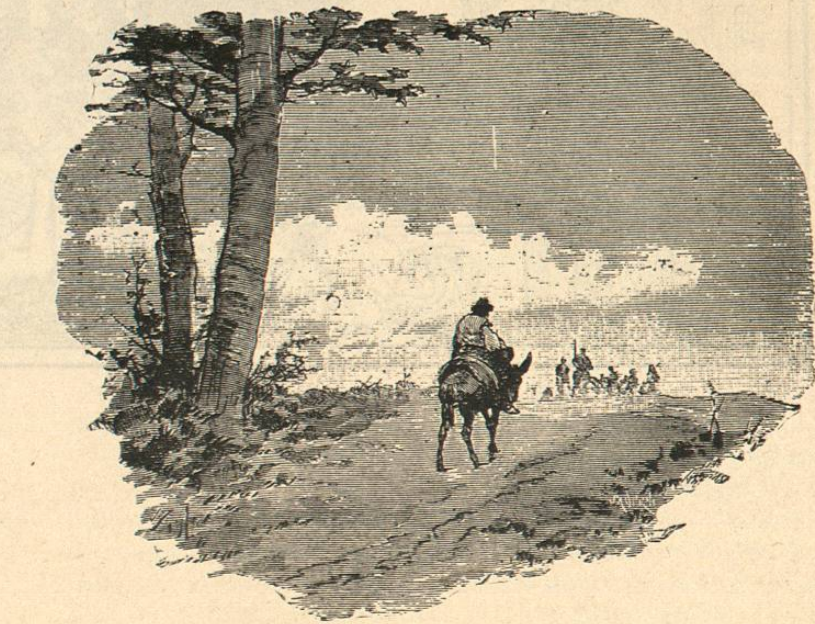
—No milagro, milagro, sino industria, industria.

El cura, desatentado y atónito acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado no por la carne y cos-

tilas de Basilio sino por un cañón hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase.

Finalmente, el cura y Camacho con todos los más circunstantes se tuvieron por burlados y escarnecidos.

La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no había de ser



Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuándo, dónde y cómo quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá

separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza; y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían; y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando más á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria quería bien á Basilio doncella, también le quisiera casada, y que debía dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas

pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni sus secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio: que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe.

Llevaronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A sólo Sancho se le oscureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, la representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguió las huellas de Rocinante.

